PROF. P. LAIN ENTRALGO

NOTICIAS SOBRE PARACELSO

Paracelso. Grabado en cobre de A. Hirschvogel. (Biblioteca del Estado. Viena.)

I. Noticias sobre Paracelso

Lo primero que de Paracelso debe decirse es que no se llamaba así. Si ese nombre, que él mismo usó en alguno de sus escritos, procede de latinizar el Hohenheim de su apellido, o de indicar, jactanciosamente, una superioridad médica sobre el romano Celso, no parece cuestión fácil de resolver. El hecho es que el apelativo *Paracelsus,* Paracelso, ha desplazado a todos los suyos. Llamóse, en realidad, Theophrastus Bombast von Hohenheim. El nombre de Philipus no es seguro. Su padre le llamó Aureolos, por el color dorado de su cabello.

Nació Paracelso a fines de 1493 en Einsiedeln, aldea suiza próxima a Zurich. Allí inició su contacto con la que siempre había de ser amada y maestra suya : la naturaleza. De ella y de su padre, médico en Einsiedeln, recibió Paracelso las primeras lecciones de su vida. No creció en abundancia : «Me he criado con queso y pan de avena, entre piñas y abetos», escribirá más tarde. En 1502 se trasladó a Villach, en Carintia, donde su padre había de ejercer la Medicina. Los clérigos del claustro benedictino de St. Paul, en el Levanttal, le enseñaron latín ; y en las minas de cobre que allí poseían los Fuger empezó a conocer los secretos del mundo mineral y las artes metalúrgicas. Parece que estudió algún tiempo en la universidad de Viena. Su título de doctor en Medicina lo recibió, sin embargo, en Ferrara, donde siguió los cursos de Leoniceno y Manardi.

No fue y no pudo ser satisfactoria la personal relación de Paracelso con el saber libresco de las aulas universitarias. Su alma pedía saberes directos y vivos, no fórmulas verbales ; *experientia,* no *quidditates.* Movido por un imperativo íntimo e inexorable, desde la Universidad misma se lanza al ancho mundo, para aprender de él. Cruza los Pirineos, llega hasta Granada, pasa a Sevilla y Lisboa, conoce Santiago de Compostela, Salamanca, León y Zaragoza ; entra de nuevo en Francia, desembarca en Inglaterra y visita Escocia e Irlanda ; vuelve al continente y, por Dinamarca, sube hasta Estocolmo y Upsala ; recorre luego Prusia, Lituania, Polonia y Hungría ; camina después por Rumania, Valaquia, Transilvania y Croacia ; atraviesa toda Italia ; navega el Mediterráneo oriental, de Sicilia a Rodas, de Rodas a Samos y Creta, tal vez hasta Alejandría y Constantinopla. Desde la costa croata alcanza las minas de mercurio de Idria, en Carniola, y hacia 1524 regresa a Villach, donde seguía viviendo su padre.

No viajó Paracelso sólo por ver o poseer tierras nuevas, como los navegantes y los aventureros, que por entonces iban a Ultramar, sino, ante todo, por aprender lo que maestros y libros no le habían enseñado : qué son las enfermedades y con qué pueden ser curadas. Para saberlo pregunta a doctos e indoctos, a los simples y a los discretos, a esquiladores, bañistas, mujeres y nigromantes. Un «frenesí macrocósmico» (Grundolf) le impulsa al descubri-

miento de los secretos de la naturaleza; ésta es un libro y cada tierra una de sus páginas: «Se estudia la escritura por los caracteres, y la naturaleza yendo de un país a otro; hay que ver un país como quien vuelve una página. Tal es el *Codex Naturae,* y así hay que volver sus hojas». Pronto veremos cómo leyó Paracelso en el «libro de la naturaleza» y lo aprendió de él.

Para aquel cuya vida es peregrina, los «años de peregrinación» no tienen término. Paracelso trata de establecerse *en Salzburgo* (1524). La sospecha de su simpatía por el llamado «Alzamiento de los campesinos» de 1525 le obliga a dejar la ciudad. No es más afortunado en Estrasburgo, donde también quiso asentarse (1526), después de unos meses de ejercicio nómada por tierras del Danubio y del Rin. En esta época escribió la primera parte del *Opus Paramirum* y un amplio fragmento del tratado sobre las «*enfermedades tartáricas*».

Una feliz intervención terapéutica fija por dos años en Basilea al constante errabundo. El famoso impresor Johanes Froben (Frobenius), a quien Paracelso ha salvado una pierna de la amputación, y el humanista Erasmo, que también ha requerido sus servicios médicos, consiguen que el Municipio basilense le nombre médico de la ciudad y profesor universitario. Esto ocurre en 1527. La suerte de Teofrasto de Hohenheim parece haber cambiado de signo.

Paracelso lleva a Basilea y a la Universidad todo lo que él es: su saber nuevo, su enorme voluntad de «experiencia», su entusiasmo por la medicina como disciplina operativa, la limpieza moral de su ejercicio; mas también su impertinente alardeo, su extravagancia, su grosera e incontenible rudeza. En la hoja con que oficialmente anuncia su enseñanza declara su apartamiento de los maestros antiguos, llámense Hipócrates, Galeno o Avicena, combate la doctrina de los humores y las complexiones y pide buena acogida para su *conatus medicinam instaurandi.* Da sus lecciones en alemán: hecho novísimo y revolucionario, que no se repetirá hasta ciento cincuenta años después. Interviene en la confección de los fármacos, para significarla y abaratarla. Y, por añadidura, arroja a una hoguera de San Juan, simbólicamente, los textos del saber antiguo: «He arrojado la *Suma de los libros* al fuego de San Juan para que toda su desventura se fuese al aire, con el humo», escribirá (1).

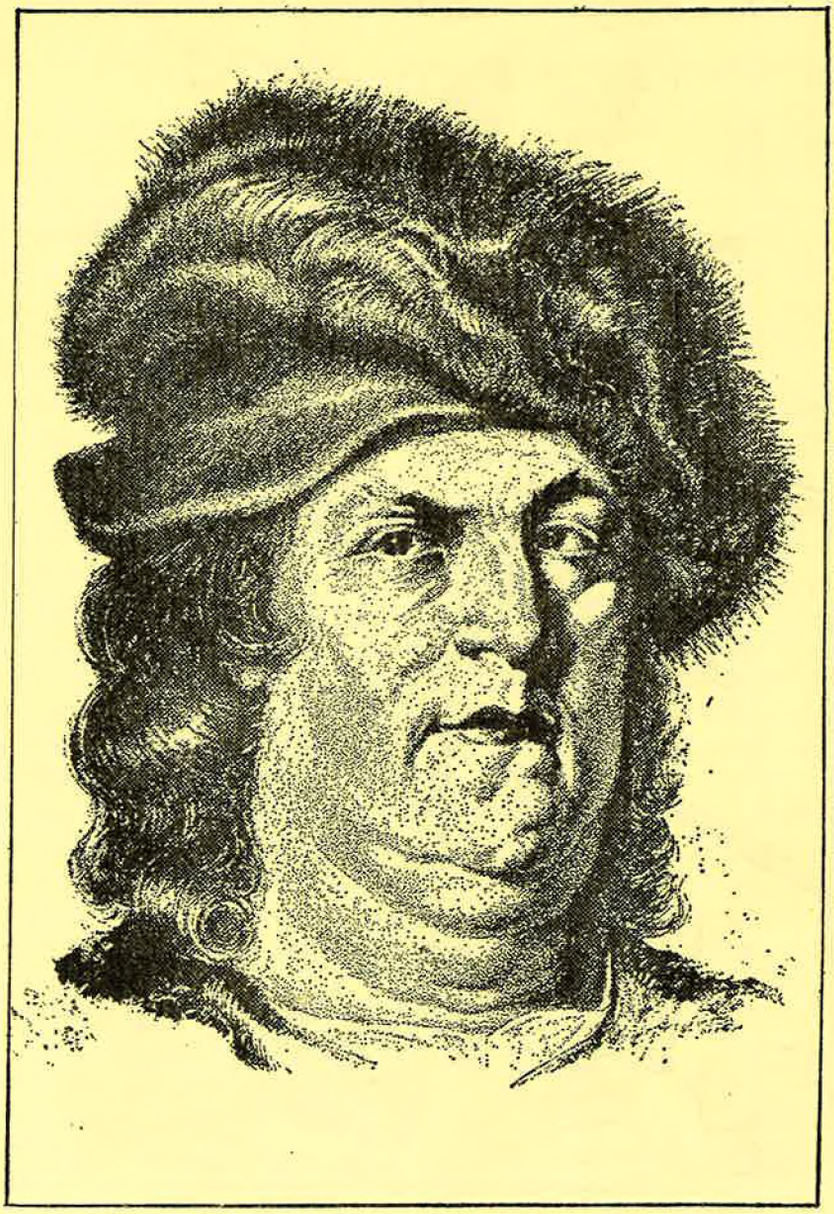
Esto era demasiado. Toda una serie de fuerzas psicológicas y sociales se movilizan contra él: la nunca extinta *invidia medicorum,* los intereses económicos vulnerados, el poder de las conveniencias e hipocresías sociales, la vigencia todavía fuerte, del saber escolástico y tradicional. No era innoble, sin embargo, todo lo que militaba contra Paracelso. Le pedían decoro externo, y él era desaliñado, tal vez sucio, bebedor constante, camorrista; le exigían claridad intelectual, doctrina comprensible, y él enseñaba una sabiduría arcana y oscura, con términos más oscuros y arcanos aún. Pero tan radical innovador, ¿podía hablarles de otro modo? Si no era en su desaliño y en su embriaguez, ¿no había una suerte de forzosidad, temperamental e histórica a la vez, en la extraña bizarría de su pensamiento y su expresión?

Cierto domingo aparece clavado en varios edificios de Basilea un pasquín contra Paracelso. Sus bien compuestos exámetros latinos invocan a los manes de Galeno «contra Teofrasto o, mejor, Cacofrasto». Muévense contra él torpes pleitos pecuniarios. La muerte de Frobenius le hace perder su más firme valedor; su discípulo Juan Oporino — el futuro editor de la *Fábrica,* de Vesalio — le abandona. Pero el hombre que llaman Cacofrasto no se deja intimidar, y contesta con voz recia y agresiva, es la voz del polemista, que para preservar su libertad personal se ve obligado a huir de la ciudad, una noche de febrero de 1528. La etapa basilense de su vida ha terminado.

Otra vez son su casa los caminos. Le vemos en Einsisheim, donde contempla y describe un meteorito caído en 1492; luego en Colmar y en Nuremberg (1529); más tarde (1530-1531) en Berazhausen y en San Gall. Lleva consigo su pequeño laboratorio «espagírico», la gran espada con que un verdugo le obsequió, Dios sabe en qué aventura de su peregrinación juvenil, y algunos discípulos transhumantes, mitad ilusionados y mitad pícaros. Asiste de día a los muchos enfermos que le llaman, porque su fama es ya grande, casi mítica; bebe con su séquito los caldos del Rin; y por la noche, lucido e insomne, escribe febrilmente por sí mismo o dicta a un amanuense cuanto hierve en su cabeza: doctrina médica, ciencia oculta de la naturaleza y dicterios contra quienes le atacan. Pero los editores temen el fallo de la autoridad oficial, y no aceptan sus escritos. Sólo tres de ellos, relativos a la sífilis y a su tratamiento, logran ver la luz pública, en Nuremberg. Los demás —comienzo del *Paragranum,* conclusión del *Paramirum,* tratados quirúrgicos y astrológicos — no serán impresos hasta después de su muerte.

El reposo de Paracelso en San Gall parece avivar su nunca tibia religiosidad cristiana. Los escritos médicos de esta época se hallan transidos de consideraciones religiosas; otro, ajena ya a la medicina, es un ensayo teológico-cosmológico sobre la Ultima Cena. Pero ello no constituye una deserción, sino un nuevo acorde en la arrebatada línea melódica de su vocación médica y peregrina.

Pocos años después, en 1533, pasa al Tirol, visita en Schwaz las minas que poseía Segismundo Fuger y compone el primer libro de medicina industrial de la historia (*Von der Bergsucht und anderen Bergkrankheiten*); cruza luego los Alpes, hacia el sur, asiste en Sterzing a las víctimas de una epidemia de peste (1534), atraviesa Suiza, y en Baviera, entre Ulm y Augsburgo, da a la imprenta su *Grose Wundarznei* o *Chirurgia magna* (1536). Poco después (1537-1538), serán las tierras de Austria y Moravia el escenario de su vida inquieta; en ellas redactó el manuscrito de su *Libro sobre las enfermedades tartáricas.* Por Viena desciende más tarde hacia Villach, y allí, sobre el dulce suelo de Carintia, junto a los lugares en que su padre y el «abad de Sponheim» le habían iniciado en la *adepta philosophia,* reside y reposa dos años. Paracelso está enfermo y cansado. Le llaman de Pettau para ver a un enfermo, y la «flaqueza de su cuerpo» le impide aceptar. Sus días están ya contados. En 1540 se traslada de nuevo a Salzburgo, donde le han ofrecido un buen empleo, y a los pocos meses, el 24 de septiembre de 1541, muere cristianamente, cuando todavía no ha cumplido los cuarenta y ocho años. Un cáncer de hígado parece haber sido su última enfermedad. Sobre su tumba se hizo grabar, en palabras latinas, este significativo texto: «Yace aquí Philip-



3

pus Theophrastus, insigne doctor en medicina, que sanó con arte maravilloso las crueles heridas, la lepra, la podagra, la hidropesía y otras dolencias incurables del cuerpo. Y mandó distribuir sus bienes entre los pobres. El día XXIV de septiembre del año MDXXXXI trocó la vida por la muerte».

La obra escrita de Paracelso fue muy copiosa y dispersa : Su temperamento nativo, tan dinámico, vehemente y tumultuoso ; su situación histórica, el dorso en el mundo medieval y el pecho en el moderno ; la magnitud y la diversidad de sus temas, que iban desde la teología y la cosmología general hasta las enfermedades de los mineros ; la índole y la novedad de su actitud espiritual frente a ellos, tantas veces limitada, por necesidad invencible, al dominio de las oscuras intuiciones germinales ; la puericia misma del idioma en que prefirió expresarse ; todo ello había de imponer a sus escritos una contextura interna y externa entrecortada, plural, balbuciente a veces y casi nunca sistemática. Por añadidura, fueron muy pocos los que durante su vida pudo editar ; con lo cual a la hora de recopilar e imprimir su obra — cuando, ya muerto, era su prestigio más discutido y confuso — vinieron a circular bajo el nombre de Paracelso no pocos tratados apócrifos.

No es éste lugar para una exposición discriminatoria y pormenorizada de los múltiples tratados y fragmentos de Paracelso. Me limitaré, en consecuencia, a indicar los más importantes, desde el punto de vista médico. Son los siguientes : 1.°) El *Opus Paramirum ad medicam industriam.* Contiene los fundamentos del sistema médico de Paracelso. 2.°) El *Paragranum* o exposición de las «cuatro columnas de la medicina : filosofía, astronomía, alquimia y virtud». 3.°) La *Grose Wundarznei* o *Chirugia magna.* 4.°) Los libros *De origine morborum invisibilum.* 5.°) El tratado sobre las enfermedades de los mineros : *Von der Bergsucht und anderen Berkrankheiten.* 6.°) El libro sobre las enfermedades *ex tartaro,* luego refundido en el *Paramirum.*

A los mencionados deben añadirse varios escritos médicos menores, los panfletos polémicos y los trabajos de contenido teológico y astrológico. La edición que de las obras completas de Paracelso han hecho Sudhoff y Matthiesen *Teophrast von Hohenheim, genannt Paracelsus. Sämtliche Werke,* Munich y Berlín, 1922-1933) es la más completa y segura.

Así vivió y eso escribió Teofrasto de Hohenheim. Quiso estar, tuvo que estar y estuvo solo. «Me desprecian porque estoy solo, porque soy nuevo, porque soy alemán», escribió, frente a los profesores que enseñaban en

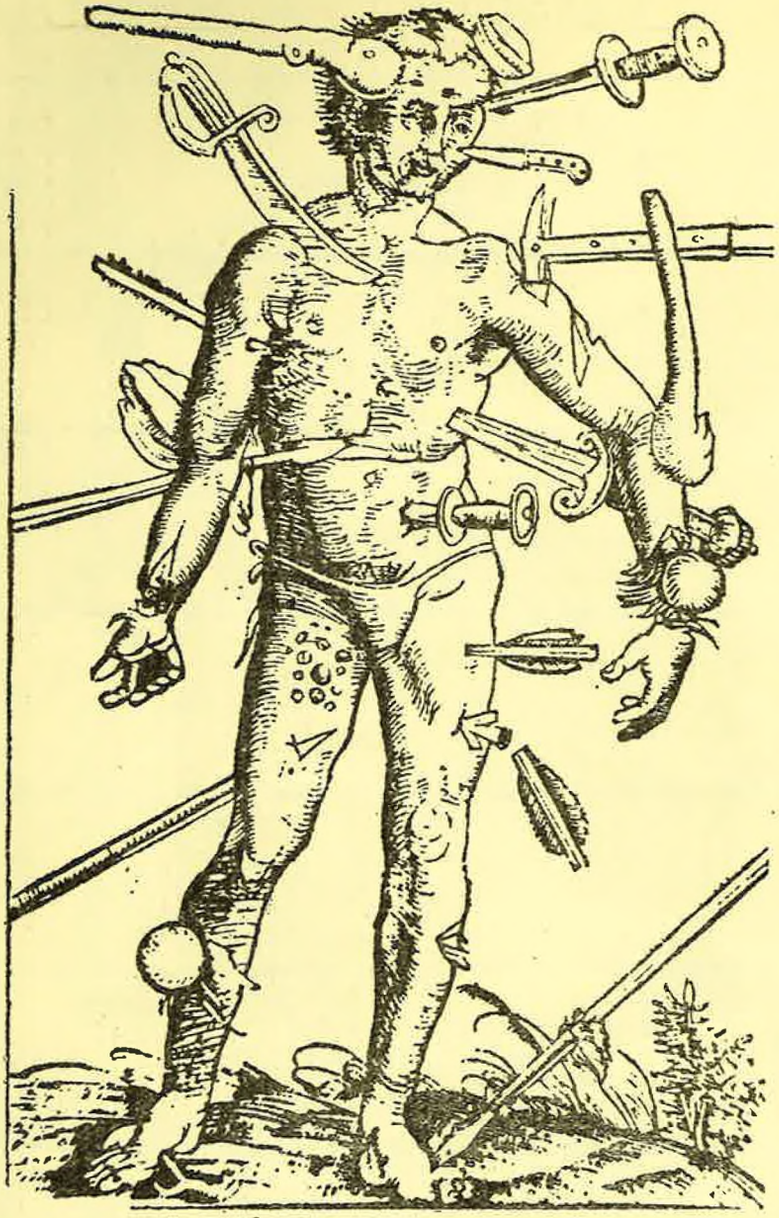


Figura del Wunderman. (Del libro de Cirugía de Paracelso. Grosse Wundarztney, Augusta, 1536.)

latín ; y ése es también el sentido de la inscripción sobre el retrato que tres años antes de su muerte le dibujó Hirschvogel : *Alterius non sit qui suus esse potest.* Pero su saber y su medicina, ¿son sólo suyos o son de todos? Hay un texto en que Paracelso —frenético, visionario — predice su monarquía sobre la historia universal de la medicina. Todos, hasta sus predecesores, terminan siendo sus secuaces : «¿A mí habéis de seguirme, Avicena, Galeno, Rhazes, Montagnana, Mesué y los demás! ¡A mí, y no a vosotros, los de París, los de Montpellier, los de Suabia, los de Meissen, los de Colonia, los de Viena y de todas las tierras junto al Danubio y al Rin, los de las islas del mar! Tú, italiano ; tú, dálmata ; tú, sármata ; tú, albanés ; tú, griego ; tú, árabe ; tú, israelita. Vosotros a mí, y no yo a vosotros, que mía es la monarquía... Yo llegaré a monarca, y mía será la monarquía. Sigerist sostiene, en cambio, que únicamente los alemanes pueden comprenderle del todo. En cuanto un médico alemán piensa en su misión de representar a Paracelso, y en él encuentra su maestro. Para decidir de quién es la razón, si del héroe, del historiador o de los dos a un tiempo, veamos por dentro la obra médica del innovador de Hohenheim.

II. «Natura naturans»

Inicia Paracelso su obra personal en el segundo decenio del siglo XVI. ¿Qué podía hacer en esa hora de la historia de Europa un médico ávido de originalidad y eminencia? Podía, ciertamente, cultivar por sí mismo una de las grandes «novedades» de la época, el humanismo médico. Eso ha visto hacer Paracelso al doctor Leoniceno, maestro suyo en Ferrara. Pero la vigorosa y encrespada genialidad del joven Teofasto de Honhenheim no cabía dentro del saber meramente imitativo o crítico a que aspiraban los humanistas. Podía, el ambicioso, también, lanzarse a la investigación de la naturaleza humana en el anfiteatro anatómico, como Benedetti, Achillini o Berengario, hasta llegar a ser la suma de un Vesalio y un Leonardo de Vinci. Pero, desde su mocedad misma, el alma del futuro Paracelso no se contenta con el «saber de formas» que ofrece la anatomía : «considero ese estudio de los hombres descuartizados como puro juego de niños», escribirá más tarde. Pronto descubriremos las razones que le movían a pensar así.

Y no queriendo ser humanista ni disector, ¿qué podía ser Paracelso, sin abandonar su incoercible vocación de médico?

Una íntima forzosidad — temperamental, biográfica e histórica, a la vez — pone ante su espíritu otro camino. Por temperamento es Paracelso hombre vertido hacia la operación y hacia el contacto sentimental con la realidad. No quiere «contemplar», sino «obrar» ; y no «ver» con los ojos del rostro, sino «sentir» con la intimidad del alma. Su educación en Einsiedeln y en Villach le ha puesto en contacto directo y vivo con las fuerzas elementales de la naturaleza ; la vegetación, los meteoros, la lenta y oculta génesis de los minerales ; y, por otra parte, le ha iniciado en los secretos de la alquimia y en los principios de cierto vago neoplatonismo, entre popular y maravilloso, que algunos oponen al saber escolástico. La misma situación histórica que le ofrece este incitante vino neoplatónico pide, en fin, novedad, fresca y rebelde novedad contra la rutina galénica de árabes y cristianos.

No hace falta más. La acción conjunta de estas tres instancias determina la meta que Paracelso se propone, el método mediante el cual trata de alcanzarla y el resultado teorético y práctico de su empeño. Veamos sumariamente aquélla y éstos.

Tal vez no haya existido jamás un médico que se propusiera tan alto y ancho objetivo como el que Paracelso se propuso. Quiso éste, ante todo saber curar. Pero no creyó posible el cumplimiento de su propósito fundamental sin saber *a radice* y por sí mismo lo que es la enfermedad ; y, por tanto, lo que es la naturaleza del hombre ; y, en consecuencia, lo que es la universal naturaleza ; y, por fin, lo que es Dios, y cómo Dios gobierna el mundo de modo que pueda haber hombres enfermos y sanables. No entenderá la obra escrita de Paracelso quien no vea en ella el intento de rehacer con mente cristiana y nueva la historia de los saberes humanos acerca de la naturaleza, desde los caldeos y Tales de Mileto hasta Marsilio Ficino. Pero no mediante lectura y reflexión no «junto a la estufa», decía él —, sino a merced de fervorosa y omnímoda pesquisa personal. Con esto hemos llegado al fundamento mismo del método de Paracelso : la «experiencia» *(Erfahrenheit, experientia)*.

El término «experiencia» no es unívoco ; ni siquiera llega a serlo entendiéndolo rectrictivamente, como recurso metódico para el conocimiento de la realidad sensible. Hasta cuatro acepciones suyas es posible distinguir y ejercitar : la experiencia como aventura, o «azarosa» ; la experiencia como comprobación, o «proyectada» ; la experiencia como exploración, o «inventiva» ; y, por fin, la experiencia como convivencia sentimental, o «simpática». Pigafetta, Galileo, Vesalio y Paracelso son nombres respectivamente epónimos de cada uno de estos modos de la experiencia humana frente a la naturaleza visible.

Es cierto que no pocas veces fue estrictamente «azarosa» la experiencia de Paracelso. También él salió de su casa, como Pigafetta — o por elegir más alto ejemplo, como Heródoto — con el fin de ver y aprender lo que ante sus ojos se presentase. Pero este contacto con la realidad y, por consiguiente, ese ver y aprender ante ella, no podía ser para su espíritu, mera fuente de un saber disperso, erudito y narrativo. La «experiencia» de Paracelso fue y tenía que ser algo más que un posible relato de curiosidades vistas. Quería, sí, «experimentar», pero conforme al modo de la experiencia que acabo de llamar «simpático» o «por simpatía». Tratemos, pues, de entenderlo.

Escribió Paracelso que «la filosofía ha de mugir y resonar en los oídos del médico como la salvaje cascada del Rin». Si leemos esas palabras teniendo en cuenta que el término «filosofía» valió para él como «naturaleza invisible» — «la filosofía es naturaleza invisible ; la naturaleza, filosofía visible», escribió en el *Paragranum* —, nos hallaremos muy próximos a comprender lo que la «experiencia» fue para este reformador de la medicina. Consistió, por lo pronto, en acercarse a la realidad visible y tangible con resuelta voluntad de penetrar espiritualmente en ella. A diferencia de lo que el investigador *more galileano* enseña, Paracelso exigía del aspirante al conocimiento de la naturaleza una total carencia de proyectos o prejuicios racionales. El postuló una entrega — ingenua y lúcida a la vez — a la realidad presente, sea ésta la intacta realidad del bosque y la roca, o la artificialmente modificada por la costumbre popular y por la maniobra del alquimista ; porque no es la razón discursiva, piensa Paracelso, lo que nos permite conocer la naturaleza, sino la intuición directa del mundo sensible. La «experiencia» consistiría, en suma, en una secreta e íntima evidencia sentimental de haber adivinado lo que en realidad es, a fuerza de entregarnos a ella con resolución, ingenuidad y simpatía. Quien así se planteó el problema del conocimiento científico, por necesidad había de proclamar el adanismo intelectual. Tal es la más profunda raíz de la rebeldía paracélsica contra el saber tradicional y libresco. Pero el hombre es *nolens volens* un ser tradicional ; y Paracelso lo demostró, sin quererlo, apoyando expresamente su «saber de experiencia» en el prestigio de los autores que él juzgaba más afines : Hipócrates, Platón, Hermes, Trimegisto, Raimundo Llull, Marsilio Ficino. Su rebeldía contra Galeno y Avicena y su enérgico deseo de originalidad no excluyeron una secreta servidumbre de su espíritu a los principios del neoplatonismo.

¿Qué tipo de saber podía lograrse mediante esa disposicición del espíritu? Tres respuestas verdaderas cabe dar a tal pregunta. La primera, negativa : el saber que así se obtenga no podrá ser semejante en forma ni en contenido al de la actual ciencia de la naturaleza. La segunda, positiva, pero desfavorable : se llegará a un saber sólo aparente y plagado de fantasías y dislates. La credulidad inherente a ese optimismo gnoseológico debe conducir, por necesidad, a la aceptación de errores muy gruesos. Paracelso, creyó, por ejemplo, que el hombre puede ser alimentado a través de la piel : un individuo habría vivido durante seis meses sin ingerir alimentos, sólo poniendo tierra húmeda sobre su vientre. Afirmaciones de este orden son frecuentes en la obra de Paracelso : no en vano granjeó su «experiencia», entre esquiladores, bañeros, viejas y nigromantes, además de ejercitarla frente a la pura y veraz naturaleza.

Mas también es posible una tercera respuesta, positiva y favorable a la vez. Tal actitud espiritual frente al univer-

so puede conducir a un saber estimable, de índole significativa y relacional. La mente es capaz de llegar por esta vía a una idea, más o menos valiosa, acerca de lo que el fenómeno o el ser real observados «significan» en el orden dinámico del cosmos, y sobre su múltiple «relación natural» con los seres y fenómenos restantes. En esta línea está buena parte del saber cosmológico de Paracelso, y a ello hay que referir los extraños neologismos y las violentas expresiones metafóricas que pueblan sus escritos, si uno quiere entenderlos rectamente.

Poniendo algún orden en la dispersión, tratemos ahora de articular la idea que de la naturaleza tuvo Paracelso. Y, como antes, comencemos por lo negativo.

La ciencia natural del de Hohenheim no podía ser un saber de sustancias, formas y leyes causales. Ese saber requiere la existencia de una considerable «distancia intelectiva» entre la mente que conoce y la realidad conocida, y exige, por otra parte, una fuerte elaboración racional. Se dirá, con mucha razón, que todo conocimiento humano supone «distancia», porque el hombre no puede dejar de ser *ens intellectuale,* aun cuando se empeñe ; y se añadirá, con razón no menor, que no es posible la fusión mística de nuestro espíritu con la realidad natural. Pero cuando la entrega del hombre a la naturaleza es tan íntima, urgente e inmediata como en el caso de Paracelso — con otras palabras : cuando se ejercita frente a la naturaleza una experiencia «por simpatía» —, la mente no percibe «formas» sino «fuerzas» ; no «substancias» resistentes, sino fluidos «modos de comportamiento» o «procesos dinámicos» ; no medidas, sino «cualidades» ; y no «leyes causales», sino «correlaciones simpáticas» o «significaciones». ¿Cómo interpretar, sino, el pensamiento de quien pretende percibir en su espíritu «el pulso del firmamento» y «la fiebre del terremoto» ?

Sólo así pueden ser fielmente comprendidos los conceptos y las descripciones de la cosmología de Paracelso. En la creación del mundo de Dios, la primera realidad fue el *yliaster* o *iliastrum* (probablemente de *hyle,* materia y *astrum,* astro, en el sentido de fuerza o forzosidad). Trátase de una suerte de unidad radical y originaria de materia y energía, de corporalidad y fuerza, y cuya primera concreción es el *mysterium magnum,* también llamado *ideos, chaos* y *limbus maior.* La «idea divina» habría sido el agente de este primer proceso cosmogónico, que convirtió al *yliaster* en *mysterium magnum.*

Sobre la indiferenciación del *mysterium magnum* actúa ahora la fuerza cosmogónica que Paracelso llama *separatio* o «la gran partera». Por su virtud se «separaron» en el caos primitivo los cuatro «elementos» (tierra, agua, aire y fuego) y las tres «sustancias» fundamentales *sulphur, mercurius* y *sal.* Los «elementos» de Paracelso no son cuerpos simples, sino principios constitutivos de la realidad, dotados de tendencias específicas en la total economía del universo. Por eso puede decir nuestro cosmólogo que «todo lo atraído por el hambre contiene el elemento tierra», o que «la esencia de cada elemento es semejante a un alma».

Menos aún deben ser entedidos como cuerpos o sustancias reales el *sulphur,* el *mercurius* y la *sal,* aunque Paracelso las llame *die drei Substanzen.* Son más bien propiedades o modos de comportamiento generales en el curso de la naturaleza visible ; y, en último extremo, «fuerzas» típicas. De ahí que convenga definir esos tres principios mediante el uso del artículo neutro. *Sulphur* es «lo combustible», y constituye el principio que presta a las cosas naturales su unidad y su capacidad de crecimiento. *Mercurius* es «lo volátil», lo que por calentamiento se altera y se desprende en forma de humo ; actúa en los seres vivientes como agente de la perduración mudable. *Sal,* en fin, es «lo resistente» al fuego, lo que permite que las criaturas den cenizas y tengan forma fija y coherente : oficio suyo es, por lo tanto, la conservación.

De estos «elementos» y «sustancias» proceden los seres naturales concretos.. Por eso puede decir Paracelso que el *mysterium magnum* es la madre de los elementos y la abuela de todas las estrellas, de los árboles y de las criaturas de la carne. Pero en este proceso genético no se produce nada realmente nuevo. Las cosas se hallan «predestinadas» *(prädestiniert)* o, si se quiere, «ejemplificadas» *(exemplificiert):* las insensibles por su raíz seminal» *(Same)* las sensibles por su «raíz espermática» *(Sperma)* ; términos que no pueden ser interpretados en su sentido físico, sino en sentido metafísico, como «ideas divinas» generadoras a la manera de las «razones espermáticas» que inventó la filosofía estoica. El curso real del universo no consistiría, pues, en la generación de seres nuevos sino en la configuración sucesiva de los ya predestinados en la mente divina. El mutuo juego armónico o polémico, de las varias fuerzas naturales, va trazando la línea física y visible — o mejor «experimentable» — de este constante proceso configurador.

Pero las raíces seminales y espermáticas no son sólo generadoras ; son también, en un sentido genérico, vivificadoras. No hay cosa alguna que no viva en el macrocosmo de Paracelso : viven los metales, los elementos, los astros ; y, por supuesto, los animales y las plantas. «No hay nada que no tenga oculta en sí una vida y no viva», escribe. El universo entero es concebido como un organismo de seres vivientes. Estos seres —rocas, plantas, o animales— no son ante sus ojos, sin embargo, sustancias individuales que están dotadas de forma descriptible, sino concreción de fuerzas o individuación de virtualidades naturales, según un «esperma» o un «semen» ya predeterminados. Si para Leonardo y Vesalio la noción cosmológica cardinal es la *forma,* para Teofrasto de Honhenheim esa misma noción es la *fuerza específica* o, como diría un griego, la *dynamis.* De esta manera puede ser comprendida la acusación de van Helmont, el más alto continuador de Paracelso, contra los médicos griegos, que redujeron a cuatro el número de las «dynémeis», indefinido en el famoso texto de Alcmeón de Crotona ; y así se entiende también que la rica «experiencia» de Paracelso frente a la naturaleza no le haya conducido a describir la figura visible de una sola especie natural.

La viviente ordenación dinámica de los «elementos» y las «sustancias» en cada uno de los seres naturales — su mutua fusión, su ocasional separación, etc. — es obra del «arqueo» *(archeus).* En las montañas, por ejemplo, el

archeus terrae hace nacer los diversos metales ; en los animales su arqueo propio dirige la formación del embrión y, como «alquimista del cuerpo», preside los procesos que hoy llamamos metabólicos ; y en todo ser natural, incluido el hombre, lleva activamente su *materia prima* al estado de perfección definitiva que Paracelso llama *materia última*. La virtud del «arqueo» que impide la putrefacción — entendida, muy genéricamente como un proceso químico destructor : la herrumbre sería la putrefacción del hierro — recibe el nombre de «bálsamo» *(Balsam)*. Próxima a la idea del «bálsamo» se halla la idea de la «mumia», entendida como principio vivificador y salutífero.

Algo más debe decirse de la cosmología de Paracelso, y es su intención. Paracelso no aspiró a un saber teorético acerca del universo, sino a un saber operativo, terapéutico y religioso a la vez. No quiso ser «hombre de ciencia» sino, «médico» y «hombre de Dios». Su cosmología no es en modo alguno panteísta ; pero en ella se encuentra Dios — el Dios creador, e incluso el Dios redentor — en inmediato contacto con la creación. Las «fuerzas naturales» que Paracelso debía aplicar al tratamiento eran para él virtudes inmediatamente producidas por Dios, y por El ofrecidas al hombre. «La sed de saber y de curar, la celosa búsqueda de Dios y la simpatía con la naturaleza no fueron en su alma — ha escrito Gundolf — sino tres movimientos distintos de un mismo querer».

La antropología del Paracelso constituye la razón de ser y la corona de su cosmología. En primer término, por que él es cristiano ; en segundo, porque es médico. Dios creó al hombre — razona Paracelso — después que a las restantes criaturas y cuando «ya no había necesidad» ; y no lo creó de la nada, como a los demás seres, sino que lo hizo «de algo, de una masa que luego fue un *corpus*». Esa *massa* se hallaba constituida por «un extracto de todas las criaturas del cielo y de la tierra» ; de donde se sigue que el hombre es, por su naturaleza misma, un *mundus minor,* un «microcosmos».

En la concepción del hombre como microcosmos tiene su idea básica la antropología de Paracelso. Mas ya sabemos que esta concepción no es unívoca. El microcosmo paracélsico no es copia figural, ni compendio sustancial, ni mero símbolo representativo del macrocosmos, sino su correlato dinámico y operativo. El hombre no constituye un *mundus minor* porque su figura «copie» de alguna manera la del universo, ni porque la sustancia humana «asuma» en sí los varios modos de ser de todas las sustancias creadas, sino porque en la unidad de cada individuo humano se hallan compuestos e integrados todos los procesos y todas las fuerzas de la naturaleza.

Ciertas expresiones de Paracelso parecen hijas de una concepción figurativa o sustancial de microcosmos. Dice en una ocasión que en el hombre se hallan contenidos todos los astros : «El Sol, la Luna, Saturno, Marte, Mercurio, Venus, y todos los signos, el *polus arcticus* y el *antarcticus,* el carro de los cuartos del zodíaco». Al Sol correspondería el corazón, a la Luna el cerebro, y cada uno de los cinco planetas, entonces conocidos, el bazo, la vesícula biliar, los riñones, el pulmón y el hígado, respectivamente. De ahí que «cielo y tierra, aire y agua son un hombre ; y que el hombre es un mundo con cielo, tierra, aire y agua». Pero añade Paracelso que ello es así *in der scientia* (en la ciencia). Esto es ; cuando uno ha entendido «científicamente» lo que con estas expresiones se quiere decir. O, con otras palabras, cuando se las ha sabido referir a la correlación, por una parte, y los procesos, las funciones y los ritmos del organismo humano individual, por otra.

Tal idea del microcosmos y la radical animadversión de Paracelso contra todo «saber de formas» determinan su actitud incomprensiva frente a la investigación anatómica. La palabra «anatomía» tiene dice Paracelso, tres significados : hay una *anatomía localis,* que muestra la figura y la proporción de las partes del cuerpo ; otra llamada *anatomía essentialis,* declara el comportamiento de *sulphur,* el *mercurius* y la *sal* en cada uno de los miembros ; hay, por fin una *anatomía mortis,* impuesta al cuerpo por la muerte. Esta última no equivale a nuestra «anatomía patológica» ; no estudia las lesiones, las «lesiones orgánicas visibles», sino las diversas *corrupciones* del proceso vital capaces de producir la muerte al individuo humano.

Si la naturaleza humana es un microcosmos operativo y dinámico, y si lo que de esta naturaleza importa al médico no es tanto la forma visible como el conjunto formado por las fuerzas vivientes en que en ella operan, los principios que la constituyen y los procesos que fuerzas y principios determinan, el método de elección para el conocimiento científico del hombre tiene que ser la «experiencia» frente al macrocosmos. En tanto el filósofo conozca bien el *maiorem mundum,* el cielo, la tierra, y todas sus generaciones, en tanto poseerá conocimiento para comprender el *minorem mundus,* escribe Paracelso.

Su experiencia simpática ante el macrocosmos y, correlativamente, la íntima vivencia de su propia naturaleza — esto es : la evidencia intelectiva del esencial acorde entre el macrocosmos y el microcosmos — enseñan a Paracelso que en el hombre hay un «cuerpo animal» *(Corpus)* y un «cuerpo sidéreo» *(siderischer Leib, Leben).* Aquél es la parte elemental o «bestial» *(viehisch)* de la naturaleza humana, sirve de «casa» a la vida sidérea y se halla compuesto de tierra y agua. Su vida propia es la vida animal. De ésta se distingue, aunque en cada hombre forme con ella unidad, la vida del «cuerpo sidéreo» o vida humana en sentido estricto, consecutiva a la actividad del fuego y el aire, regida por la fuerza del cielo — como se ve, dice Paracelso, en el gallo, que canta al llegar el día — y «titular del ánimo, la sabiduría y el arte». Así la estructura dual del macrocosmos —cielo y tierra— es rigurosamente copiada por el microcosmos.

Pero la unidad viviente de cada hombre es y tiene que ser algo más que la fusión de un «cuerpo animal» y un «cuerpo sidéreo». Hay también en ella un «cuerpo invisible» es el hombre una criatura eterna, libre, equiparable a los ángeles, superior a la naturaleza y capaz de resurrección. Bien se ve que Paracelso se está refiriendo al «espíritu» *(Geist),* y así llama otras veces a este sumo principio de la realidad humana. La expresión «cuerpo invisible» no es, sin embargo, arbitraria o absurda. Con ella se quiere indicar la condición carnal de nuestro espíritu, su esencial apego al cuerpo individual. No es un azar que Paracelso emplee estas dos palabras comentando médicamente el problema de la resurrección de la carne.

Adhiérese Paracelso en otros lugares de su obra a la trina ordenación que San Pablo estableció en los modos de operación del ser humano : cuerpo, alma y espíritu. «El espíritu del hombre no es el cuerpo, no es el alma, sino un *tertium...* sobre el alma y sobre el cuerpo», escribe. Sea uno u otro el modo de la expresión, lo decisivo ahora es que el microcosmos paracélsico trasciende el puro naturalismo de la antropología griega. «El hombre se eleva sobre la naturaleza», y por eso puede especular sobre Dios y el diablo, dice en una ocasión ; «el hombre es más que Marte y los restantes planetas», afirma en otra. De lo cual resulta la posibilidad de resistir humanamente a la «fuerza» de los astros, cuando éstos ejercen su influencia sobre la «parte bestial» o «pecuaria» del hombre : «pues así como la mano domina la tierra, así el interior microcosmos — esto es : el espíritu libre y cuasicreador del hombre — domina el cielo».

El «cuerpo elemental» — o «animal» — y el «cuerpo sidéreo» de la naturaleza humana están compuestos, en último análisis, por los tres principios de operación que Paracelso llama : *sulphur, mercurius y sal.* Su mutua fusión y su continua mudanza se halla presidida por el «arqueo» individual, cuya actividad se especifica en tantos modos particulares de operación *(ares)* como órganos distintos hay en la *anatomía localis* del hombre. Pero hay un estado fisiológico en el cual pueden separarse esas dos partes del «cuerpo visible», y es el sueño. El ensueño sería la actividad del «cuerpo sidéreo» separado del «cuerpo elemental» y entregado al macrocosmos ; el despertar, la reunión de uno y otro. Tal es el fundamento primero de la interpretación de los sueños que Paracelso propone y esboza en los escritos del último período de su vida.

III. «Nosología»

He dicho que Paracelso fue, ante todo, médico. Su saber acerca de la naturaleza y del hombre, su experiencia de tierras y hechos sólo cobran sentido en su mente cuando los orienta hacia la intelección de la enfermedad y hacia la curación del enfermo : «Porque es el médico — dice — quien manifiesta las maravillas de la obra de Dios». Trataremos de ver, en consecuencia, cómo en la nosología de este «reformador de la medicina» se expresan su cosmología y su antropología.

Poco después de abandonar a Basilea redactó Paracelso, bajo el título de *Paragranum* — más exactamente : *Das Buch Paragranum* — un escrito consagrado a exponer los fundamentos de la medicina, tal como él los entendió. Cuatro serían las columnas sobre que se apoya el arte del médico : la filosofía, la astronomía, la alquimia y la virtud.

Llama Paracelso *filosofía* al conocimiento científico de la naturaleza sublunar, incluida la del hombre : Sea la primera columna una completa filosofía de la tierra y del agua», escribe ; y en otra página añade que «la filosofía debe ser de tal modo aprendida, que en ella aparezca y se encuentre el hombre por completo». De ahí esta conclu-

Theophrastus-Bombastus von Hohenheim «Paracelso» 1493 a 1541. (Grabado de «Opera Omnia» 1658.)

sión : «Es burda cosa para un médico llamarse médico y hallarse vacío de filosofía, y no saber de ella». Y como «la filosofía es naturaleza invisible y la naturaleza filosofía invisible», no es verdadero médico quien por atenerse exclusivamente a lo que se ve — esto es ; a los signos de la enfermedad —, no sepa hablar con acierto de lo que no puede verse : «Es médico quien sabe de lo invisible, de lo que no tiene nombre ni materia y, sin embargo tiene su acción». Todo lo anteriormente dicho nos hace comprender el sentido real de las palabras de Paracelso. No será ocioso agregar, sin embargo, que él no identificó nunca lo «material» y lo «corpóreo». Recuérdese cómo el espíritu humano es llamado «cuerpo invisible» del hombre, no obstante su radical inmaterialidad.

La segunda columna del saber médico es la *astronomía*. En el pensamiento de Paracelso la «astronomía» abarca también astrología y meteorología. «La otra columna — dice — es la astronomía y la astrología, con un pleno conocimiento de los dos elementos, el aire y el fuego». El «astrónomo» es el «filósofo» del cielo y del aire, y conoce lo relativo a las estaciones, al cambio del tiempo y a la influencia de todo ello sobre la naturaleza terrestre y el hombre. De ahí que «el médico debe ser *astronomus,* y considerar el tiempo, para saber de él, y cómo protegerse, y con qué dominarlo» ; porque así como el tiempo lluvioso trae luego rosas, así también trae la cosecha de ciertas enfermedades. Pervive en Paracelso, bien se advierte, la mentalidad etiológica de las *Epidemias* hipocráticas.

La influencia del cielo sobre la naturaleza terrestre y sobre la naturaleza humana — o, si se quiere, la del aire y el fuego, elementos «sidéreos», sobre la tierra y el aire, elementos «bestiales» — no sería sólo de orden metereológico ; también es, piensa Paracelso, de orden astrológico. Así parece exigirlo la correlación de operaciones y ritmos entre el macrocosmos y el microcosmos. Pero ese regimiento de los astros sólo puede afectar, en el caso del hombre, a lo que nosotros hay de animal, «bestial» o «pecuario» ; en modo alguno llega a lo que el espíritu humano puede proponerse y alcanzar. «Habéis decidido que, para el hombre, la fortuna y la industria provienen de los astros. Mas nosotros invertimos todo esto : ...la fortuna misma proviene de la industria ; y la industria, del espíritu». Así se entiende que el astrólogo Paracelso se burle del horóscopo y afirme que «la sabiduría humana tiene debajo de sí todos los astros, el firmamento y el cielo entero». La «filosofía» y la «astronomía» no acaban de constituir al médico : son, respecto a la medicina, lo que la yema respecto al fruto. El saber del médico verdadero ne-

cesita apoyarse, en efecto, sobre una tercera columna : la «alquimia». Gracias a ella — Paracelso la llama también *ars spagyrica,* de *spaô,* «extraer» y *ageirô,* «reunir» — puede el médico conocer las varias mudanzas de los elementos en el interior del cuerpo y obtener de la naturaleza los «arcana» terapéuticos que existen en su seno. Paracelso cultivó fervorosamente la *alquimia.* La aceptó como su tiempo se la ofrecía ; pero en lugar de aplicarla a transmutar el plomo en oro, empleó los recursos del «arte espagírico» para extraer medicamentos o para esclarecer, a su modo, el proceso íntimo de la enfermedad. Su idea de la «piedra filosofal» *(lapis philosophorum)* fue, sobre todo, terapéutica : un remedio capaz de quitar al cuerpo todas sus enfermedades. Mas también llegó a ser «fisiopatológico», por usar un término actual, el objetivo de la investigación alquímica de Paracelso : «¿Qué es lo que hace madurar a la pera, qué produce las uvas? Nada, sino la alquimia natural. ¿Qué es lo que hace de la hierba leche? ¿Qué, de la árida tierra vino? La digestión natural. Pues bien, así como la tierra produce exteriormente un alquimista, eso debe hacer de sí mismo el médico,en su sazón. Y como sucede la preparación de todas las materias en la naturaleza, así debe suceder por obra del médico». Dos brillantes disciplinas científicas y utilitarias, la bioquímica y la quimioterapia, proceden de este original fervor espagírico.

La cuarta columna de la medicina es, en fin, la *virtud (Tugend, virtus)*: la cual debe «permanecer en el médico hasta la muerte», porque ella es la que da acabamiento y sostén a las otras tres. La «virtud» que prescribe Paracelso tiene su estructura — como la *virtû* del Renacimiento italiano — un visible momento «técnico» : hay en ella «saber hacer», habilidad, dominio del arte. Su verdadera raíz, sin embargo, es de orden ético. «El sumo fundamento de la medicina es el amor», escribe Paracelso. «Arte y ciencia deben nacer del amor ; si no, no logran perfección», dice en otra parte. De ahí que el médico no alcance a serlo plenamente si, además de saber «filosofía», «astronomía» y «alquimia», no se halla dispuesto a la abnegación y al sacrificio en su asistencia al enfermo. De nuevo aparece, ahora con rostro ético, la honda religiosidad cristiana de Teofrasto de Hohenheim, médico por oficio y por vocación.

Apoyado en esas cuatro columnas, el médico se enfrenta con el objetivo propio de su oficio : el hombre enfermo. O, bien, pasando de lo individual a lo genérico con la enfermedad.

¿Qué es la enfermedad? ¿Una realidad o una abstracción? ¿Hay una realidad o una abstracción? ¿Hay «enfermedades» o sólo hay «hombres enfermos» ? Paracelso es un nosólogo realista o, como suele decirse, «ontologista». A sus ojos son las enfermedades entes reales, no meras abstracciones. Esa presunta «realidad» de los entes morbosos que Paracelso enseña, debe ser, sin embargo bien entendida.

La letra de los textos no deja de ser un poco contradictoria. Polemizando contra el humoralismo galénico, sostiene Paracelso la no corporalidad de las enfermedades. «Si las enfermedades no son algo prensible, si son semejantes a un viento, ¿cómo se podrá purgar al hombre de ellas, y cómo expulsarlas?...» Las enfermedades no son *corpora.* Explanando, en cambio, su propio pensamiento, afirma sin celajes la corporalidad, siquiera sea «invisible», del ente morboso : «toda enfermedad tiene un cuerpo visible, y es un miembro del macrocosmo y del microcosmos, y es ella misma un microcosmos y un hombre entero... Por eso el hombre es él mismo y otro en la enfermedad, y tiene dos cuerpos, uno encerrado en el otro, y es *un* hombre».

Pugna Paracelso por dar expresión clara y unitaria a tres ideas del estado morboso : la enfermedad como algo que nos invade y se adueña de nosotros ; la enfermedad como algo que se engendra en el cuerpo y crece en él ; la enfermedad, en fin, como expresión visible de un invisible proceso dinámico y vital, «realizado» o «entificado» por Paracelso como «cuerpo invisible».

Las enfermedades internas serían, pues, entes vivos, procedentes, no de los elementos o los humores, sino de las «semillas» que en ellos han sido sembradas. Esas «semillas» pueden ser de dos géneros : o «creadas desde el comienzo», como la manzana y la nuez *(semen Iliastrum)* o procedentes de la corrupción *(semen Cagastrum).* A las primeras deben ser referidas la hidropesía, la ictericia y la gota ; a las segundas, la pleuritis, la pestilencia y la fiebre. Parece apuntar Paracelso la existencia de un contraste fundamental entre las enfermedades crónicas, más nativas o «constitucionales», y las agudas, más «condicionales» o adventicias.

Bajo el ontologismo nosológico de Paracelso late su visión genética, dinámica y procesal de la realidad ; esto es, su constante idea de una fundamental supremacía de la «fuerza» generadora sobre la «forma» visible resultante. Por eso dice que el ojo humano debe «sentir» (experimentar sentimientos) además de ver (percibir contornos y colores). Pero su mente — infantil aún casi embrionaria — no dispone de conceptos ni de términos adecuados a la índole de sus propias intuiciones, y llama «cuerpo invisible» a la real especificidad del «proceso orgánico» y de la «fuerza» que lo genera. De ahí la gran importancia del pensamiento etiológico dentro de la nosología de Paracelso y, a la vez, la rara peculiaridad de su expresión concreta.

Casi todo el *Volumen Paramirum* se halla consagrado a exponer las varias causas de la enfermedad humana. los modos reales de tal causación o «entes» *(entia)* serían cinco : *ens astrorum, ens veneni, ens naturale, ens spirituales* y *ens deale.* Examinémoslos uno a uno.

Llama Paracelso *ens astrorum* o *ens astrale* al conjunto de las acciones favorables o nocivas que el cosmos ejerce sobre el organismo humano : «Es una cosa que no vemos, que nos mantiene en vida a nosotros y a todo lo que tiene sensibilidad ; y viene de los astros». Un cuerpo viviente es como un leño ardiendo. El cuerpo es el leño ; su vida, el fuego. Si el fuego no fuese mantenido por algo, el leño ardiendo se apagaría. Pues bien : ese «algo» que mantiene vida y fuego es el aire, el cual viene del firmamento. El aire hace vivir al firmamento ; y de su cantidad y de su calidad, reguladas por los astros, dependen los meteoros, tan influyentes sobre todo lo que vive.

Por tanto, el médico debe observar «qué astros manchan el aire con su veneno; pues allí donde llega ese veneno, en ese mismo lugar se producen las enfermedades correspondientes a la peculiaridad de esos astros... El *ens astrale* es, pues, el olor, el aroma, el sudor de las estrellas, mezclado en el aire». Dos, serían en suma, los grupos de enfermedades dependientes del *ens astrorum:* las alteraciones morbosas de los ritmos biológicos y las epidemias.

El *ens veneni* reside en los alimentos y, en toda materia que de un modo u otro penetre en el organismo. Recuérdese, a este respecto que «materia» no equivale a «cuerpo» en el pensamiento de Paracelso: hay cuerpos no materiales; «cuerpos que no se pueden cojer con la mano».

Los «venenos» de este *ens veneni* no son sólo los tóxicos que accidentalmente pueda contener la alimentación. En rigor, todos los alimentos son en sí mismos «venenosos», porque su materia nunca llega a ser idéntica a la del organismo humano; y actuarían letalmente de hecho si Dios no hubiese puesto en nosotros un «alquimista» capaz de separar lo ventajoso y lo nocivo en la vianda ingerida. «Este alquimista habita en el estómago, el cual es su instrumento.» Mas cuando, por la índole o por la cantidad de alimento ingerido, nuestro «interno alquimista» — el «arqueo» — no es capaz de cumplir su misión digestiva y separadora, sobreviene la *corruptio,* la cual es «madre de las enfermedades». Las intoxicaciones, las enfermedades por desorden alimenticio, ciertas infecciones y acaso las alergias serían los nombres actuales de otros tantos efectos morbosos del *ens veneni,* cuando el organismo no ha sabido o no ha podido defenderse de él.

Viene en tercer lugar el *ens naturale.* Con esta expresión designa Paracelso toda la disposición nativa o constitucional capaz de producir enfermedad. Habla de una «predestinación» natural, más determinada por la herencia que por la conjunción planetaria reinante en el momento de nacer; de allí que la zona de influencia del *ens naturale* se halle formada por las complexiones y por las enfermedades constitucionales y hereditarias. «Si un feto es concebido y nace bajo los astros y planetas de influencia más benéfica y generosa, y recibe sin embargo, una naturaleza distinta y aun del todo contraria, ¿de quién es la falta? Ciertamente, de aquel de quien procede su sangre.»

Distingue Paracelso las cuatro complexiones tradicionales: colérica, sanguínea, melancólica y flemática; y, como todos, las refiere a las cualidades dominantes en cada una de ellas. Mas no deja de ser notable y significativo que las cuatro parejas de cualidades táctiles (caliente y seco, frío y húmedo, etc.) sean atribuidas, ahora más radicalmente, al predominio de uno de los cuatro sabores principales: ácido, dulce, amargo y salado. En el colérico dominaría lo amargo; en el melancólico, lo ácido; en el flemático, lo dulce; y en el sanguíneo, lo salado. No es indiferente respecto al nacimiento de la yatroquímica helmontiana esta sustitución de las cualidades táctiles por cualidades gustativas.

Sorprende por otra parte, la riqueza y la hondura de las intuiciones de Paracelso acerca de la herencia. Supo que no pueden transmitirse hereditariamente los caracteres adquiridos, porque se hereda sólo la *prima materia* del cuerpo (el «plasma germinal», diría Weissmann) y no su *última materia.* Conoció también la índole recesiva que a veces tiene la herencia morbosa, por ejemplo, en el caso de la epilepsia. Advirtió, en fin, la incurabilidad de las enfermedades hereditarias, porque al médico no le es dado «curar en las raíces». El «ens spirituale» concierne a la acción nosógena de lo más específicamente humano del hombre: su espíritu. Admite abiertamente Paracelso la posibilidad de producir enfermedades cuando existen «el pensamiento y la voluntad» de que alguien las padezca; llega a sostener, incluso, la eficacia nosogenética de las maldiciones. La «imaginación», muy frecuentemente mencionada en su obra, sería capaz de producir los más diversos efectos sobre las personas y sobre los astros: «Tanto les envenenamos nosotros a ellos, como ellos nos envenenan a nosotros». El sueño, durante el cual puede separarse el «cuerpo sidéreo» del «cuerpo elemental», sería el estado más idóneo para la operación del «ens spirituale».

Tomando esto a la letra no constituye, en verdad, doctrina muy admisible. Pero si uno sabe atribuir esa posible influencia del *ens spirituale* a las formas cotidianas de la convivencia social — educación, trato familiar, amistades y enemistades, relaciones profesionales y amorosas, etc. —, son indudables la sutileza y el acierto de la tesis paracélsica. «El espíritu es el señor, la imaginación, el instrumento y el cuerpo la materia plástica», escribió Paracelso. *Mutatis mutandis,* muchos médicos de hoy suscribirán esas palabras.

Queda por último, el *ens deale* o *ens Dei.* «Después de escribir acerca de los cuatro entes como pudiera haberlo hecho un pagano», dice Paracelso, «hablaré sobre el quinto *nach cristlichem Stylo*». Lo cual le lleva a distinguir dos modos en la producción de las enfermedades humanas: la «vida natural» y el *flagellum* o castigo. A la «vida natural» pertenecen los cuatro primeros «entes»; al *flagellum,* el quinto. Admite, pues, Paracelso, la existencia de enfermedades procedentes de un especial castigo divino; aun cuando Dios, claro está, no sea ni pueda ser ajeno a la génesis y a la curación de las restantes.

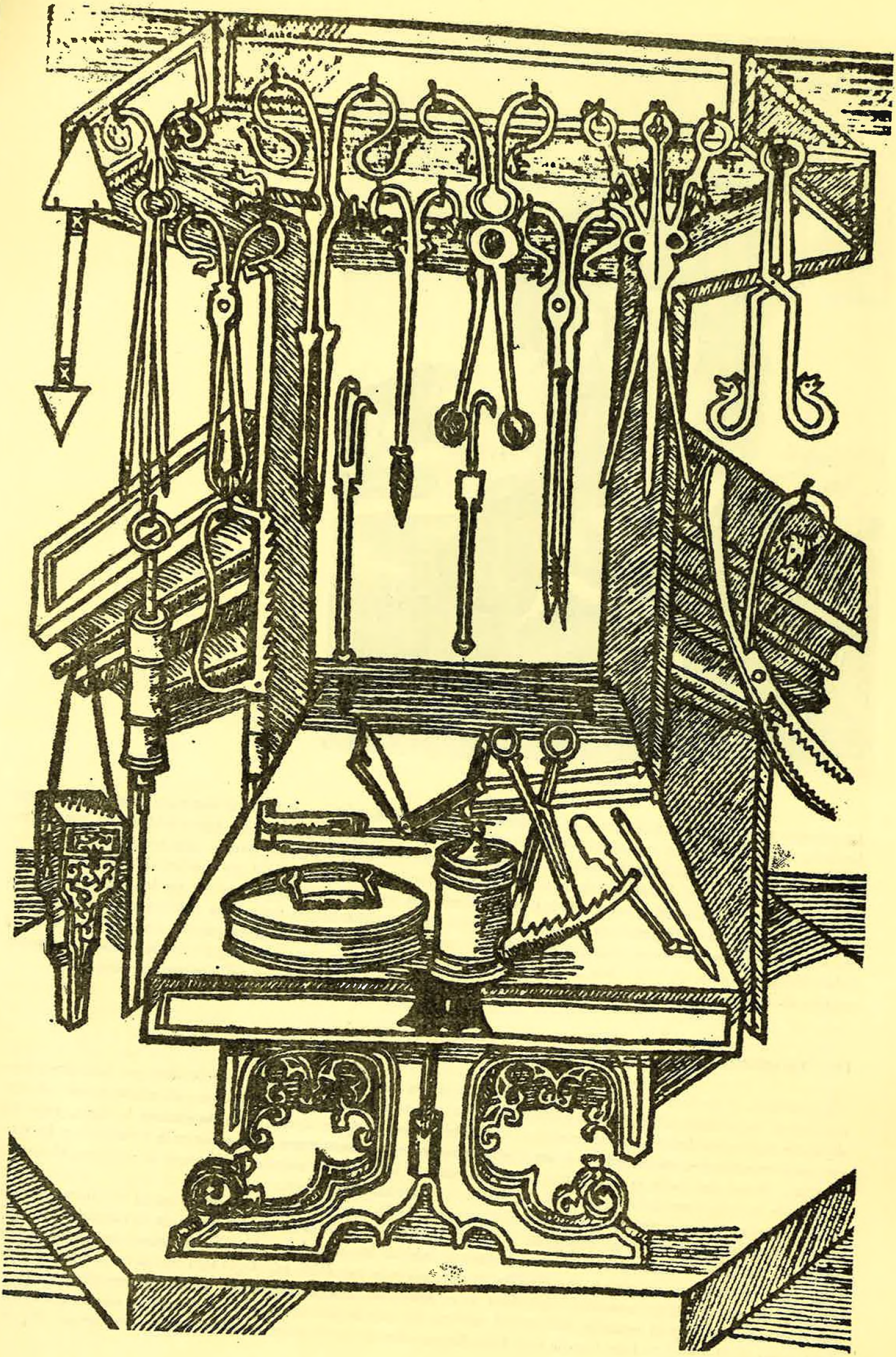
Tales son los principios y los conceptos generales de la nosología paracélsica; sobre ellos se funda ahora la visión «científica» de todos los particulares modos humanos de enfermar. Sería ocioso, no obstante, esperar de Paracelso una ordenación sistemática de las enfermedades particulares. La condición varia y dispersa de sus escritos; su escaso interés por las descripciones, absorto como se hallaba en los problemas relativos a la génesis y al fundamento real de las dolencias humanas; su idea de que las verdaderas especies morbosas sólo pueden ser identificadas por los medicamentos que específicamente las curan; su vida misma, tan exenta del reposo que exige la exposición sinóptica; todo se concita para hacer imposible cualquier conato de una nosotaxia general

Los Instrumentos Quirúrgicos. (De la Grosse Wundarztney de Paracelso.)

en la obra de este reformador. No obstante ello, menciona con frecuencia no pocos de los procesos morbosos descritos en la patología tradicional (fiebres, pestilencias, podagra, hidropesia, lepra, etc.) estudia con singular maestría la enfermedad entonces dominante (la sífilis) y crea por su cuenta algunos *genera morborum* rigurosamente nuevos («enfermedades tartáricas», «enfermedades invisibles», «enfermedades de las minas»).

Las «enfermedades tartáricas» *o ex tartaro* constituyen el primer complejo morboso establecido con criterio bioquímico. Su mismo nombre les define. Suele llamarse «tártaro» al depósito semicristalino que se forma en los toneles donde fermenta el mosto. Pues bien : son «enfermedades tartáricas» aquellas en que, por insuficiencia digestiva del «arqueo», se depositan materias pétreas en alguna parte del organismo : un «ácido» actúa como *heros coagulationis* y procede de la precipitación. Las dolencias que hoy llamamos arteriosclerosis, gota, ciática, litiasis y reumatismo deformante, la diátesis exudativa, el viejo «artritismo» y otros estados y procesos morbosos serían «enfermedades tartáricas». La separación espontánea de *sal urinae* en el líquido urinario constituye un importante signo diagnóstico de todas ellas ; y la administración de álcalis su mejor tratamiento. Son también muy notables las monografías consagradas a la sífilis y a las enfermedades profesionales. «La descripción clínica del morbo gálico o "Frantzosen" no ha sido mejorada, dice Sudhoff, hasta bien entrado el siglo XIX. Paracelso ve en él una enfermedad nueva, consecutiva a la creciente impudicia de los hombres ; lo que cree próximo a la lepra, pero más fácilmente curable, y señala sus dos principales modos de propagación ; el acto sexual y el contacto. En su escrito sobre las enfermedades de los mineros estudia clínica y químicamente, con excelente precisión, las intoxicaciones crónicas causadas por el mercurio, el arsénico, el antimonio, el cobre, el plomo y otros cuerpos metálicos. Ha sido también Paracelso el primero en descubrir la relación entre el bocio endémico y el cretinismo.

Merece examen atento — hoy sobre todo — la visión paracélsica de las enfermedades mentales y de las «invisibles» *(unsichtbare Krankheiten)*. Distingue Paracelso cuatro géneros de locura continua e incurable : «lunáticos», «insanos», «vesanos» y «melancólicos», según proceda su locura de la luna, de la gestación, el parto y la herencia, de la alimentación y la bebida, o de la «naturaleza propia». A ellos deben ser añadidos los enfermos cuya alienación es transitoria y paroxística : tales los «maníacos» sea su «manía» idiopática (la que brota de un cuerpo sano) o procedente de «otras enfermedades». Admite Paracelso la existencia de trastornos mentales por posesión demoníaca *(obsessi)*; pero procura separar entre sí las alteraciones psíquicas de causa preternatural y los desórdenes de la razón puramente «naturales». Describe también ciertas anomalías permanentes del carácter — «personalidades psicopáticas», en el lenguaje psiquiátrico actual — por discordancia entre «el cuerpo elemental» y el «cuerpo sidéreo».



Paracelso, por Jan van Scorel. (Museo del Louvre.)

La eficacia que Paracelso atribuye a la actividad psíquica del hombre — «cuerpo sidéreo», «imaginación», «voluntad», etc. — le lleva en muchos casos a invertir el esquema de la nosogénesis. La histeria ofrece un buen ejemplo de ello. Según la patología hipocrática y galénica — cuyo «naturalismo» es puro o casi puro «somatismo» — proceden los trastornos histéricos de una primaria alteración uterina, y de ahí su nombre. Paracelso, en cambio, enseña que la histeria es en sí misma una enfermedad psíquica, no menos posible en los hombres que en las mujeres. De ahí la importancia que supo conceder a las «enfermedades invisibles» producidas por las «creencias» *(Glaube)* o por la «superstición» *(Aberglaube):* entre ellas las «epidemias psíquicas» como la «corea de la Edad Media» o «baile de San Vito» ; o, por otra parte, su creencia en la acción terapéutica del cadáver (mumia), cuando el «cuerpo invisible» perdura en él, no obstante haberse separado ya del «cuerpo visible».

IV. Terapéutica

«El comienzo, el medio y el fin de la doctrina del reformador de Einsiedeln están constituidos por la terapéutica», escribió el viejo Haeser. Es verdad. Paracelso, quiso ser, ante todo médico ; o, con otra palabra, terapeuta. «Cuando algún mal se apodere de nuestro prójimo — escribió — venid en su ayuda, y no tapándoos la nariz, como hacen los escritorzuelos, los sacerdotes y los levitas, sino como los samaritanos, que conocen la naturaleza y la experiencia... Notad que nada se pide tanto al médico como el amor de su corazón.» El amor al enfermo, el conocimiento de la naturaleza deben ser, pues, las bases del tratamiento médico.

Estudiemos en primer término la *terapéutica general* de Paracelso. Su idea cardinal es la *vis naturae medicatrix.* Paracelso, secuaz, a su modo, de Hipócrates, proclama la espontánea tendencia de la naturaleza hacia la curación : las heridas sanan por sí mismas, aunque el médico las abandone. No se conforma, sin embargo, con este vago hipocratismo, y afirma con energía la existencia de una doble teleología terapéutica en la realidad natural. El universo contiene remedios específicos para todas las enfermedades, allí están los remedios, y donde están la enfermedad y el remedio, allí está el médico. El mundo entero es visto por Paracelso como «una botica» *(die ganze Welt eine Apotheke),* en la cual Dios dispensador de medicamentos, es el «sumo boticario». Por otra

parte, cada enfermedad apetece su remedio específico «como el hombre desea a la mujer». He aquí los principios con arreglo a los cuales debe procurar el médico esa coyunda: 1.° Sólo intentará las curaciones que le sean posibles: «No te propongas cosa imposible, que eso es para reír», dice Paracelso. 2.° Actuará conforme al *contraria contrariis curantur*; pero no entenderá esa «contrariedad» como oposición de cualidades (por ejemplo: «lo caliente» debe ser curado con lo «frío»), sino como acción específica del *arcanum* contra la «semilla» de la enfermedad. 3.° Ordenará sus tratamientos según la correlación y la semejanza entre los macrocosmos y microcosmos. 4.° Tendrá muy en cuenta la influencia que sobre la enfermedad puede tener la voluntad y la fe, así las del médico como las del enfermo.

Es fácil percibir la importancia fundamental, que poseen los *arcana* en el pensamiento terapéutico de Paracelso; no lo es tanto definir con alguna precisión lo que con el vocablo *arcanum* quiere él decir. *Arcanum* es, por una parte, todo remedio específicamente eficaz contra una enfermedad determinada, en cuanto se opone a la «semilla» que la determina y es capaz de aniquilarla: «Toda la receta que no vaya contra la semilla, es falsa e ineficaz». En este sentido, el mercurio contiene el *arcanum* contra el morbo gálico; la boracita, el *arcanum* contra el mal de piedra, etc. El número de tales *arcana* sería realmente indefinido.

Pero en los escritos más teoréticos — por ejemplo, en los reunidos bajo el nombre de «Archidoxis» — intenta llegar Paracelso a un concepto unitario del *arcanum* y aislar sus géneros principales. «Es un *arcanum* — dice — algo incorporal, inmortal, una vida eterna, sobre toda la naturaleza y no conocible humanamente... Tiene poder para transformarnos, mudarnos, renovarnos y restaurarnos...» Viene a ser, en suma, una suerte de la realización natural de los «arcanos de Dios», considerado como «sumo boticario». Cuatro serían, así entendidos, los *arcana* principales. La *prima materia* es el *arcanum* de la generación viviente, el principio de la fecundidad y de la constante juventud de la naturaleza; síguele el *lapis philosophorum,* un a modo de fuego que purifica y limpia de toda suciedad, dejando a los seres «como recién nacidos»; el *mercurius vitae,* tercero de los *arcana,* actúa sobre el hombre renovando todo lo caduco — piel, uñas, pelo, etc. — «como le sucede al alción en el tiempo de la muda»; la *tinctura,* en fin, es el *arcanum* transformador capaz de hacer nobles los cuerpos viles, y como el *rebis* de los alquimistas, trueca la plata en oro. Generación, depuración, restauración y transfiguración son, por tanto, las respectivas virtudes cardinales de los cuatro grandes *arcana.*

Sería ocioso y perturbador ir explanando aquí la serie entera de los principios más o menos próximos a los *arcana*; la *quinta essentia*, el *magisterium*, el *elixir*, el *specificum*, el *balsamus*, la *mumia*, el *spiritus vitae*. Basta lo expuesto para comprender el pensamiento terapéutico de Paracelso. La naturaleza es ante sus ojos un organismo de fuerzas generadoras específicas. Las semillas germinan, fórmanse las venas metálicas, mudan de indumento las aves y los reptiles; por tanto — concluye Paracelso — debe haber en el universo tantos principios activos e inmateriales como operaciones genéricas hay en él: generación, conservación, restauración, etcétera. Con ello no ha hecho sino extender a todos los seres del macrocosmos y rebautizar alquímicamente los *spiritus* y las *qualitates ocultae* del viejo galenismo. Pero no se conforma Paracelso con esa obra extensiva y onomástica. Admite también la consistencia real de todos esos principios y la posibilidad de obtenerlos separadamente; y, puesto que el hombre es un microcosmos, no vacila en afirmar la necesidad de la acción benéfica de todos ellos sobre la naturaleza humana, cuando se les emplea como remedios terapéuticos. De ahí, entre otras cosas, la razón de ser la utilidad de la alquimia.

La consideración microcósmica del hombre rige siempre los tratamientos de Paracelso, y a veces en forma harto inmediata. La hidropesía es ante sus ojos una inundación del microcosmos; en los cólicos ve huracanes del *mundus minor*; la apoplejía equivale al rayo. Por tanto, el hidrópico deberá ser tratado con remedios capaces de derivar hacia el exterior las aguas que le inundan y de secar el sustrato orgánico: mercurio, azafrán de Marte (óxido férrico, colcotar) y azufre; y, puesto que el frío y la humedad engendran los vientos, los cólicos tendrán su *arcanum* en el láudano, que desea y calienta el microcosmos.

Sobre todos estos principios se basa la *farmacología* de Paracelso. Tarea principal del médico debe ser, en consecuencia, el descubrimiento y la obtención de los *arcana*. Virgilio pudo arrepentirse de su obra de escritor: pero el médico «que ha pasado su día con los *arcana* y ha vivido en Dios y en la naturaleza como un poderoso señor a la luz natural», nada puede remorderle. El descubrimiento de los *arcana* es fruto de la experiencia; su obtención, objetivo de la alquimia. Sólo el alquimista es capaz de «separar» el principio activo de las drogas que la experiencia ha mostrado eficaces, y por eso es llamado «espagírico» su arte. «El ruibarbo — escribe Paracelso — purga; lo que más importa saber ahí es qué produce la acción purgante...» No con la respuesta «el ruibarbo purga», sino con la respuesta «tal es el cuerpo que él purga»..., pues son los cuerpos y no los hombres los que tienen la virtud».

La alquimia, su entusiasmo terapéutico y esa concepción microcósmica del tratamiento han dado a Paracelso un puesto egregio en la historia de la ayuda al enfermo. Sustituyó los farragosos preparados de la farmacopea tradicional (decocciones, extractos, jarabes, etc.) por las «esencias» y las «tinturas», mucho más sencillas y eficaces: por ejemplo, el láudano y la trementina. Preconizó con gran energía, frente a la terapéutica del síntoma o del órgano, el tratamiento causal: no «contra el fruto», sino «contra el tronco de que el fruto sale». Introdujo una gran cantidad de medicamentos minerales y mejoró la administración de los pocos que antes se usaban: a él se debe un buen número de preparados de mercurio, antimonio, plomo, hierro, cobre, plata, oro, arsénico y azufre. Actuó con el máximo desembarazo en lo tocante a la dosis: fue alópata unas veces, homeópata *avant la lettre* otra, y no vaciló en usar con largueza el opio y el beleño, cuando lo creyó necesario. Mejoró el estudio químico y precisó las indicaciones de las aguas medicinales. Lo que hay de excesivo e inadmisible en la prolija lucubración cosmológica y nosológica de Paracelso queda ampliamente compensado con esta efectiva aportación suya al arte de curar.

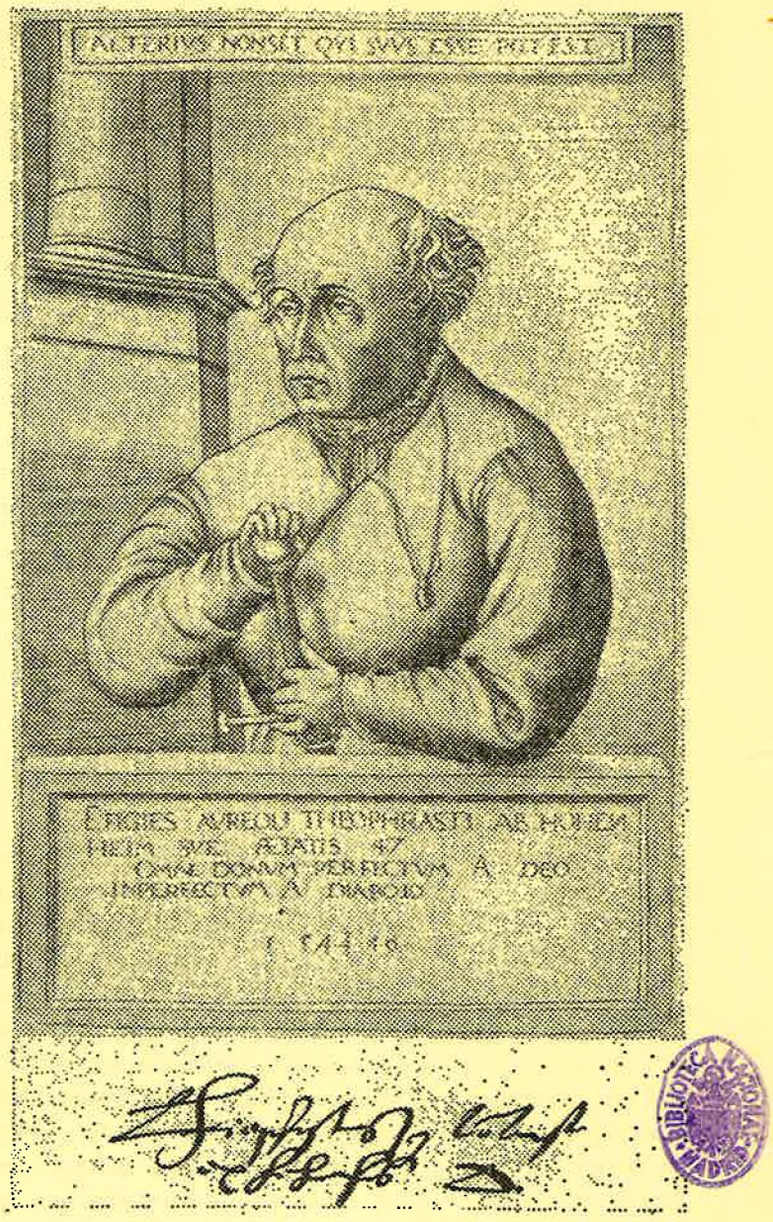
Tanto fue el entusiasmo terapéutico de Paracelso, y tan viva su fe en la armonía y en la educación de todos los seres y procesos del universo, cuando los ojos han aprendido a verlos con «mirada sensitiva», que quiso cambiar el nombre de las enfermedades y llamarlas conforme al medicamento que específicamente parece curarlas: «Un verdadero médico natural habla así: Esto es *morbus terebinthinus*, esto es *morbus sileris montani*, esto es *morbus helleborinus*, etc., y no: Esto es *bronchus*, esto es reúma, esto es coriza, esto es catarro, etcétera; porque los *arcana* se manifiestan en sus enfermedades». Al mismo fundamento debe ser referida la devoción de Paracelso por la vieja doctrina de las «signaturas». La apariencia visible de los seres naturales indica por sí misma la enfermedad a que pueden ser médicamente aplicados, cuando esa apariencia se asemeja al órgano afecto o a uno de los síntomas visibles de la dolencia. Así, las manchas rojas de la *Polygonum persicaria* indican su utilidad en las llagas; las perforaciones en las hojas del *Hypericum*, su acción favorable en las heridas punzantes; los bulbos de la *Orchis mascula*, su eficacia como remedio afrodisíaco; la *Saxifraga* poseería virtudes litotrípicas, etc. Paracelso esboza con ello toda una caprichosa «ciencia fisionómica» de la naturaleza.

Quiero concluir este apartado indicando someramente la obra del terapeuta Hohenheim en dos particulares dominios de la patología: la sífilis y las enfermedades quirúrgicas.

En orden a la primera, débese a Paracelso una severa y muy temprana crítica del tratamiento mediante el leño de guayaco. Cuando más alto era el prestigio del nuevo fármaco, proclamó con gran energía su ineficacia, porque las mejorías que determina son sólo aparentes y transitorias, y fustigó la credulidad y la falta de criterio de los médicos de su tiempo. No es menos agria su censura de las brutales curas mercuriales entonces en boga. El mercurio sería, desde luego, el medicamento de elección pero en confecciones para uso interno; muy especialmente, bajo las formas de precipitado rojo.

La publicación de la *Grosse Wundarznei* o *Chirurgia magna* acreditó la condición de cirujano de Paracel-

Paracelso, 1540.



so. No parece que fuese operador hábil; pero, frente al *horror sanguinis* de los doctores de su tiempo, sostuvo con palabras y obras la necesidad de practicar la cirugía para ser médico completo. El médico no cirujano sería «un mono pintado». Lo más notable de la terapéutica quirúrgica de Paracelso es su prudencia en el tratamiento de las heridas: «Debes saber — escribe — que la naturaleza de la carne tiene en sí un bálsamo nativo, y ella es la que cura las heridas. Cada miembro lleva en sí mismo la propia curación... La medicina de las heridas es sólo una acción defensiva, de modo que la naturaleza no sea perturbada desde fuera, y quede expedita en su acción propia». Esto no logró impedirle el empleo de remedios estípticos y de «bebidas vulnerarias». Recuérdese, además, lo dicho acerca de las «signaturas».

V. Significación y estela de Paracelso

Más de una vez han llamado a Paracelso *Lutherus medicorum*. Tal expresión ha sido injuria o alabanza, según los labios de que saliera. Otros, en cambio han negado todo parentesco entre la «reforma religiosa» de Martin Lutero y la «reforma médica» de Teofrasto de Hohenheim.

Como muchas veces acontece, las dos partes tienen su tanto de razón. A Lutero y a Paracelso les aproximan algunos rasgos temperamentales y varias notas de índole histórica. Coinciden, por ejemplo, en su radical germanidad: quisieron expresarse en alemán, contribuyendo egregiamente a la creación de su lengua materna y, cada uno a su modo, dieron testimonio del incontenible auge histórico de su pueblo, cuando la nacionalidad iba haciéndose eje de la historia. Quien lo dude, lea los juicios de Paracelso sobre los «médicos de fuera» *die welschen Aerzte)*. No acaban así las semejanzas. A la *fiducia* luterana en Dios, desde el punto de vista de la «salvación» corresponde, desde el punto de vista de la «curación» — o si se quiere, de la sanación — la confianza de Paracelso en la naturaleza, inmediato instrumento de la Divinidad; y al examen de la Sagrada Escritura según el íntimo testimonio de la conciencia propia, la experiencia simpática y personal del sabio frente al universo, segundo de los libros de Dios. No puede extrañar, en verdad, que alguno de los más tempranos para-

3856011538560115 3

celsistas perteneciesen al círculo reformado de Wittenberg. Pero ésas y otras analogías formales no deben hacernos desconocer las grandes discrepancias materiales entre Lutero y Paracelso. Este quiso vivir y morir en la ortodoxia católica, y supo rechazar con petulante energía el mote de *Lutherus medicorum*. «No soy Lutero, soy Teofrasto», escribió. Su misma estimación del macrocosmos es, sin duda, muy poco «luterana».

Mas no es esto lo que ahora importa, sino la significación de Paracelso en la historia de la medicina. Creo que el haber histórico de Teofrasto de Hohenheim puede ser cifrado en cinco puntos:

1.° Su idea del médico y del oficio del curar. Acaso no haya existido en la historia otro médico con una idea tan alta y exigente de su vocación y de su quehacer. «Esto prometo: perfeccionar mi medicina y no ceder mientras Dios dispense su gracia al oficio...; ítem, amar a los enfermos, a cualquier enfermo, más que si se tratase de mi cuerpo...; y no ilusionarse sino saber.» Quien tanto exigía de sí, no podía ser parco en la hora de pedir dignidad: «El médico se asemeja a los Apóstoles, y no es ante Dios menor que ellos», dijo. Quien pretenda construir una visión cristiana del médico, habrá de contar muy en primer término con la vida y los efectos de Paracelso; aunque lo valioso de esta vida tenga vaho de taberna, y aunque la luz de estos escritos quede tantas veces oculta por el celemín.

2.° La iniciación de una idea dinámica de la enfermedad. En ésta no ve Paracelso un desequilibrio, ni una deformación de la naturaleza individual sino el proceso viviente y específico, realizado como flujo de energía y materia; no *pathos* (pasión), sino *Wirkung* «acción». De ahí su ruptura con el viejo humoralismo, testimonio fiel de la idea «pática» de la enfermedad, y su invención de una patología química y vitalista, expresiva de la radical actividad del proceso viviente en que la enfermedad consiste. Ello hace a Paracelso fundador de la moderna fisiopatología dinámica o procesal.

3.° Su vigoroso entusiasmo terapéutico. Paracelso no concibe al médico como patólogo, sino como terapeuta; y aunque admite, como Hipócrates, la *vis medicatrix naturae,* no se siente ante el enfermo mero «servidor de la naturaleza», sino, «colaborador de Dios» en el regimiento de una naturaleza sobre la cual como hombre está. Por eso aspira a una terapéutica verdadera y plenamente «causal», y no se conforma con una medicación sólo «adyuvante». Por eso, también, pudo introducir con largueza los remedios minerales, hasta el punto menos que proscritos, y constituirse en principal fundador de la quimioterapia. Por eso, en fin, predica con el ejemplo la empeñada búsqueda de los secretos que la naturaleza contiene, valiosos en sí, pero inútiles — o, por lo menos, no del todo inútiles — hasta que el hombre los descubre, Paracelso es quien personifica la supremacía del fármaco sobre la dieta, ha escrito agudamente von Weizäcker.

4.° La energía con que afirmó el primado de la experiencia en la tarea del médico y la condición fáustica de esa experiencia. Paracelso es el modelo del Doctor Fausto. Como él, persigue incansablemente los arcanos de la realidad, en lugar de «revolver palabras» y sabe como él que los tesoros de la creación son inacabables. Tal es la última raíz de su *philosophia sagax*. Pero este Fausto buscador y creyente no se ve todavía en la necesidad de pactar con Mefistófeles, porque su experiencia aún no ha dejado a su espíritu en igual situación que antes de adquirirla, «so klug als wie zuvor», como dejó la suya al Fausto sólo buscador que luego inventará Goethe.

5.° La proclamación de una medicina plenamente humana, así porque en ella interviene todo el ser del hombre, como por el objetivo hacia el cual tiende la operación del médico. «Nuestra salud debe ser robustecida para que aquí bajo nos convirtamos a Dios y muramos dichosos. Por esto, el sabio, es decir, el elegido, debe reco-

BN 1001292924

nocer la verdadera religión de la medicina ; para no extraviarse entre las zarzas y poseer el goze del grano. Así, la verdadera religión de los médicos consiste en conocer ante todo las virtudes de las plantas y su esencia.» La acción terapéutica, en la cual confluyen la naturaleza y el espíritu, vienen a ser en la mente de Paracelso la restauración de un *divinus ordo*. Todo esto constituye el oro de la aportación de Paracelso a la historia de la medicina. Mas, ya sabemos que no todo en ella fue oro. Su virtud quedó muchas veces en pura jactancia ; su experiencia, en error grosero ; su ciencia, en lucubración cabalística ; sus principios terapéuticos, en crédula superstición ; su medicina antropológica, en mal disfrazada hechicería. Así se entiende que el nombre de Paracelso haya sido siempre piedra de escándalo. «Desde hace trescientos años — escribía el siglo pasado Heinrich Haeser, amigo de Paracelso y de la verdad — todas las cabezas turbias han hecho del médico Hohenheim su baluarte», y un espíritu tan noble como el de Laennec no supo ver en la obra de Paracelso otra cosa que «el más incoherente empirismo y tan oscuros dogmas etiológicos, que uno se pregunta si el autor se comprendió a sí mismo».

La batalla en torno a Paracelso, iniciada ya durante su vida mortal, prosiguió inmediatamente después de su muerte. Al lado del innovador hubo personas honorables y sensatas, como Caspar Peucer (1525-1602), Oswald Croll (1560-1609), autor de una *Basilica chymica* fundada en la farmacopea paracélsica ; el danés Peter Soerensen o Severinus (1540-1602) a quien se debe uno de los mejores libros sobre la medicina de Hohenheim y otros. Más también se adhirieron al paracelsismo gentes de la más discutible condición intelectual y moral : así Leonhard Thurneysser (1530-1595), charlatán de gran estilo ; y, sin llegar a los extremos de este falsificador, los italianos Lionardo Fioravanti y Zefiriele Tommaso Bovio. Contra ellos y contra Paracelso movió su pluma toda una legión de galenistas y aristotélicos ; y en cabeza, Thomas Lieber o Erastus (1527-1583), profesor en Heidelberg y en Basilea. El excelente químico Andreas Libavius (1546-1616), uno de los principales artífices de la conversión de la alquímica en química, supo adoptar una actitud intermedia y conciliadora.

También en Francia hubo secuaces de Paracelso y enconados adversarios suyos ; entre éstos el satírico Rabelais y Juan Riolano, padre. No se olvide que en la Facultad de Medicina de París tuvo el galenismo, durante los siglos XVI y XVII, su más tenaz reducto. Fue sin embargo, indirectamente, bajo la forma de una contienda sobre el empleo terapéutico del antimonio, como adquirió agudeza en Francia el pleito de paracelsismo. La medicación estibial ganó actualidad renovada con la publicación del *Currus antimonii triumphalis* de Johann Thölde (Basilius Valentinus). La Facultad de París se pronunció contra el nuevo fármaco, y hasta prohibió el ejercicio profesional a los médicos que los prescribían. Teophraste Renaudot, inventor del periodismo, fue uno de los defensores del antimonio ; Gui Patin, el más acérrimo de sus enemigos. La disputa prosiguió hasta que un decreto de la Facultad, en 1666, dejó en libertad el uso de los preparados antimoniales. El gran problema farmacológico planteado por Paracelso — la medicación mineral y química — latía bajo esta larga y pintoresca «contienda del antimonio».

En el seno mismo de la contradicción y el escándalo fueron germinando las semillas más fértiles del paracelsismo. Van Helmont, Silvio y Willis lo convertirán en yatroquímica ; poco después, Boerhaave, Hoffmann y Sthal incorporarán a la medicina «oficial» esa parcela del legado de Paracelso. Habrán de llegar, sin embargo, los siglos XIX y XX para que tres vigorosas disciplinas científicas — farmacología, bioquímica, fisiopatología — muestren a todos gran parte de la parcial razón que asistía al arrebatado, al oscuro, al crédulo Teofrasto de Hohenheim. Aun cuando éste y Ehrlich — valga el ejemplo del gran quimioterapeuta — se parezcan muy poco entre sí.